

Mercedes López-Baralt. *Literatura Puertorriqueña del siglo XX. Antología*. Editorial de la Universidad de Puerto Rico, 2003.

Como puertorriqueña y como estudiosa de la literatura sentí una emocionada alegría cuando tuve en mis manos un ejemplar de la *Antología de Literatura Puertorriqueña del siglo XX* preparada con esmero, entusiasmo y amor por Mercedes López-Baralt. La hermosa portada diseñada por Walter Torres a partir de una idea de Rosa Vanessa Otero es una digna puerta de recibimiento para el lector que se adentra en este libro. Acertadamente, el artista ha interpretado algunas de las metáforas principales de nuestra Isla y de nuestra realidad puertorriqueña: nave al garete (Pedreira), barca de los sueños fallidos (Belaval), barco en la botella (Palés), inmovilismo. Pero también la posibilidad de trascender nuestro insularismo vital y cultural, izar velas al viento, y dejarnos guiar por la luna y las estrellas para soñar nuevos horizontes.

Con este libro, queda evidenciado que nuestra literatura ya hace tiempo que ha alcanzado su mayoría de edad y su autonomía. Su identidad, como es de esperar, es múltiple en sus manifestaciones pero posee un sello característico en ese deseo de explorarse, afirmarse y manifestarse en todo su esplendor y diversidad (taíno, español, negro, jíbaro, mulato, inmigrante o emigrante), la literatura puertorriqueña acoge, navega por mares ya calmos, ya procelosos, y transporta cual boricua Arca de Noé a toda suerte de seres, realidades y pensamientos y los salva del Diluvio del No-Ser.

Uno de los grandes aciertos que yo destacaría en esta *Antología* es el de incluir tanto a los autores que nacieron y han realizado su escritura en Puerto Rico como a aquellos que nos piensan y representan desde allende nuestras fronteras y aun a esos otros cuyo lugar de nacimiento fuera de Puerto Rico no impide que buena parte de su vida literaria y de su corazón pertenezcan a nuestra Isla. Se nos ofrece así un amplio muestrario significativo del pensamiento y el quehacer cultural puertorriqueños.

De otra parte, ver recogidos en una misma publicación a los clásicos puertorriqueños junto a piezas literarias que acaso con el tiempo devengan asimismo clásicos resulta una experiencia sumamente gratificante y aleccionadora. Leer este libro equivale a tomar un curso intensivo y de inmersión en nuestras letras. Nos permite advertir procesos, devenires y tendencias temáticas y de estilo que perfilan en toda su amplitud y matices a la literatura puertorriqueña. No es ésta una antología que pretenda establecer un "canon". Por el contrario, Mercedes López-Baralt ha ampliado sus miras y ha permitido que su selección haya sido regida, en primer lugar, por su cuidada y honda reflexión sobre nuestra realidad puertorriqueña y, en segundo (no menos importante y legítimo) lugar, por el disfrute estético que estos textos le suscitan. La propia Mercedes confiesa haber realizado la antología que siempre quiso leer. Con ello nos revela el amor y

entusiasmo con que nos ofrece esta selección, forzosamente incompleta. Toda Antología supone una selección: incluir y excluir. “Nunca llueve a gusto de todos”, por lo que es de esperar opiniones diversas y legítimas sobre omisiones o inclusiones de este texto. Mercedes López-Baralt rescata textos cuya disponibilidad resultaba hasta ahora difícil y en algunos casos, prácticamente imposible por su carácter inédito. Reunirlos junto a obras ya clásicas de nuestras letras resulta de una utilidad incalculable. La difusión, nacional e internacional de nuestras letras se facilita enormemente con la publicación de esta *Antología de Literatura Puertorriqueña del siglo XX*. Sin duda se convertirá en un instrumento imprescindible para estudiantes, estudiosos y lectores en general.

Como lectora cuya especialidad no es nuestra literatura puedo calibrar de manera muy particular cuán iluminadora resulta esta *Antología*. Estudiarla ha supuesto para mí recordar, descubrir, redescubrir e hilvanar coherentemente un amplio muestrario de nuestro devenir literario.

La primera sección, “Pensando la nación (historia, sociedad, lengua y literatura): Ensayo”, abarca importantes textos que abordan diversos modos de reflexión nacional. Cuánta sorpresa produce comprobar que las siguientes palabras de Matienzo Cintrón podrían estar escritas hoy: “ya es tarde. No queremos más vuestro gobierno sin ciudadanía, ni con ciudadanía americana. Antes creíamos que la libertad no podía conseguirse sin vosotros. Después creíamos que podía conseguirse con vosotros y sin vosotros. Hoy creemos que la verdadera libertad que lleva la soberanía, el gobierno propio, no puede conseguirse con vosotros ni sin vosotros, quizás contra vosotros” (“La guachafita fa”, págs. 23-24). Releo con mayor emoción a Pedreira al descubrir cómo su pensamiento ha sido replanteado tan lúcidamente por Juan Gelpí en su *Literatura y paternalismo en Puerto Rico*, uno de los libros más importantes de nuestra literatura en la segunda mitad del siglo XX. Conmueve escuchar voces tan diversas como la de Nilita Vientós (“Los puertorriqueñistas y los occidentalistas”), Rafael Castro Pereda (“Morir en español”), Luce López-Baralt (“Escribirlo es llorar: la crónica del 98 de Esteban López Giménez”) o Mayra Santos (“La promesa”) en su defensa de la puertorriqueñidad. Y nos iluminan nuestra compleja realidad voces tan autorizadas como las de José Luis González (*El país de los cuatro pisos*), Luis Rafael Sánchez (*La guagua aérea*) y Arcadio Díaz Quiñones (*El arte de bregar*) escudriñando los entresijos de nuestra identidad y conducta como colectividad. Importa incluir asimismo entre nuestras voces a las de aquellos autores que viven fuera de la Isla, como acertadamente propone Carmen Dolores Hernández (“Escribiendo en la frontera”).

En el apartado del Cuento, titulado “La isla irreplicable en torno al fuego” se recogen textos clásicos y consagrados de José Luis González (“La carta” y “En el fondo del caño hay un negrito”), Belaval (“Conseja”), Pedro Juan Soto (“La cautiva”), René Marqués (“Purificación en la calle del Cristo”) y Luis Rafael Sánchez (“Memoria de un eclipse”), entre otros. Junto a estos,

leemos con auténtico deleite espléndidos relatos de Rosario Ferré (“Cuando las mujeres quieren a los hombres”), Ana Lydia Vega (“Letra para salsa y tres soneos por encargo”), Ramón Luis Acevedo (“No mires ahora”) y Pedro Cabiya (“Historia cursi del talco insecticida”). Confieso mi admiración y asombro ante el poderosísimo cuento de Ángela López Borrero (“Dios con nosotros”) que expresa la amargura que deviene deseo erótico-religioso; el curioso “Jardín” (Edénico sexo) de Kalman Barsy y la belleza poética de “El amolador” de Edwin Figueroa y de “Unicornio” de Elidio Latorre Lagares.

La sección titulada “La Nación flotante, aquí y allá: Testimonio” incluye, entre otros textos, un fragmento del emblemático “El entierro de Cortijo” de Edgardo Rodríguez Juliá, incisivo retrato colectivo y “Prólogo: Cómo se come una guayaba” de Esmeralda Santiago, sensual metáfora de nuestra puertorriqueñidad. Se insiste en el enlace entre placer gustativo y afecto en “Cómo y por qué empecé a coleccionar recetas” de Carmen Vázquez Arce, que nos adentra en la cocina de Doña Margot Arce, cuyas escasas dotes culinarias obligaron a su hija Carmencita a aprender a cocinar o morir ella y toda su familia. Luis Trelles nos relata con gracia y buen decir su estrecha vinculación con el cine (¡a punto estuvo de nacer en uno!).

“Para contarnos mejor: Fragmentos de novela” pone en evidencia cuánto hemos andado en nuestro camino nacional literario. Desde los clásicos *El negocio* (de Zeno Gandía) o *La llamarada* (de Enrique Laguerre) hasta novelas que han constituido un hito en nuestras letras más recientes (*La guaracha del macho Camacho* de Luis Rafael Sánchez, *Felices días, tío Sergio* de Magali García Ramis, *Púrpura profundo* de Mayra Montero o *Sirena Selena vestida de pena* de Mayra Santos. Advertimos los múltiples referentes literarios y culturales en textos como *Rosa mystica* de Carlos Varo (estupendo su logrado remedo de una voz puertorriqueña), el hermosísimo pasaje de *Como el aire de abril* de Arturo Echavarría, que demuestra un ejemplar dominio del quehacer narrativo, Manuel Martínez Maldonado (y su recreación del mundo urbano en *Isla verde (El Chevy azul)*) o el irónico (y amargo) fragmento de Alfredo Matilla: *El españolito y el espía*: “Y juré la bandera gringa con mi mano derecha en saludo cuasi fascista y la izquierda detrás, a la espalda, con los dedos cruzados. Así me hice ciudadano puertorriqueño. De modo que no olvidemos a los transculturados recientes; de nosotros también consiste el basamento para la próxima camada” (p. 693).

Por último, se incluye la sección de Poesía: “Diciéndonos en verso”. No cabe duda del vigor y la calidad de este género en Puerto Rico. Mercedes López-Baralt recoge en este apartado a muchas de las voces de reconocido carácter nacional. Personalmente, me siento particularmente conmovida con poemas que descubro ahora y que impactan mi sensibilidad con su fuerza y su belleza. Así, “Zen para el sueño de un poeta” (texto de prosa poética, conjuro incantatorio lleno de furia) de Iván Silén; la bellísima recreación sanjuanera de “La muerte del poeta” de Edwin Reyes; el extraordinario “Réquiem por

los árboles” de José Luis Vega; el desafiante y amoroso “Niuyorican” de Tato Laviera; el desdoblamiento amoroso-lingüístico de “La misma historia” de Magaly Quiñones, y de “C’est la morte ‘a París” de Mayrim Cruz-Bernal; la conmovedora “Balada al poeta huérfano” de Ángel Darío Carrero o versos de amor que no dudo en calificar de extraordinarios: “Recluso de mi carne, confinado” de Ferdinand Padrón, “Romance del Puente Blanco” de Edwin Reyes o “Poema en San Valentín” de Hjalmar Flax.

Concluyo destacando la honda reflexión y planteamiento temático que suponen los títulos de las distintas secciones que componen este volumen y que sirven de hilo conductor que apunta tendencias de nuestra literatura. Leer esta *Antología de Literatura Puertorriqueña del siglo XX* es una experiencia placentera y hermosa al tiempo que sumamente ilustrativa del viaje que han recorrido nuestras letras y de su proceso cada vez más amplio y sin fronteras, sin perder de vista el norte de la eterna reflexión en torno a nuestra identidad. Ésta se fortalece a medida que abarca e incorpora múltiples y variadas voces y facetas. Hemos llegado a muy buen puerto. Pero el viaje no ha terminado. Esperamos nuevas antologías que acojan a otros autores-pasajeros a bordo. Sólo queda pues navegar otra vez por los amplios y siempre cambiantes mares de nuestras letras.

María Teresa Narváez Córdova
Universidad de Puerto Rico
Recinto de Río Piedras